
LAS ELECCIONES DE 1991 Y LAS POSIBILIDADES DE TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA

José Luis Hoyo Arana

I

No es fácil adivinar el futuro de la democracia. Quienes nos dedicamos a las ciencias sociales tenemos ya bastante trabajo con tratar de comprender cabalmente el presente, como para aventurarnos a elaborar los pronósticos que acostumbran ciertas corrientes politológicas allende el Bravo, y que no difieren mucho en sus aciertos de nuestros Pronósticos Deportivos.

Sin embargo, la cercanía y familiaridad con la materia de estudio suele proporcionar cierto olfato político que nos aproxima a los resultados previstos, más como un sexto sentido parecido a la intuición femenina, que como producto de una proyección matemática. Max Weber dice que la intuición se da como producto de la cercanía a la verdad, cuyo derrotero lógico estamos aún distantes de descubrir, pero cuya proximidad nos proporciona una sensación de certeza parecida a la verdad. Cosas de la mente, cuyos vericuetos estamos aún distantes de descubrir en plena era de las computadoras, pero cuyas pistas discursivas, muy próximas las unas de las otras, suelen trasmitirse información complementaria aun antes de concluir el recorrido del circuito lógico, cosa imposible en las maravillas electrónicas.

Y así, después de completar el recorrido a través de la investigación sesuda y con el devenir inexorable de la edad y el tiempo, descubrimos que teníamos razón al plantear aquellas suposiciones aventuradas que finalmente se realizaron conforme a lo previsto, y que podríamos haber disfrazado mediante una cobertura matemática que les diera el rango científico propio de las ciencias exactas.

Pero, apegados a la ortodoxia, preferimos seguir con el trabajo de Sísifo, propio de la investigación científica, y continuar aprendiendo de los errores — ¿acaso hay otra forma de aprehender para el ser humano? —, con la esperanza de reducir cada

vez más el campo de los equívocos conforme la experiencia avanza, para encontrarnos entonces con la barrera generacional que anuncia los nuevos retoños. Pero quizás es ahí y por encima de esa barrera donde empieza realmente la aventura del conocimiento. El descubrimiento de nuevas rutas hacia mundos ignotos, que se extienden más allá del horizonte conocido, despierta la curiosidad de las mentes jóvenes, dispuestas a alcanzarlos al impulso de su vigor temprano.

Para entrar en el tema, trataremos de abordarlo primero desde su perspectiva histórica. La democracia —tan vieja como Aristóteles y tan reciente como la experiencia nicaragüense o el milagro haitiano—, no deja de ser un fenómeno relativamente nuevo. Podríamos afirmar que la modernidad griega —para ridiculizar el término en boga— está muy por delante de la actualidad mexicana, y que tendríamos que remontarnos hasta el siglo IV a. C. para modernizarnos democráticamente. Pero como el túnel del tiempo sólo opera en la pantalla casera y el destino nos alcanza aquí y ahora, bástenos con repasar algunos tópicos de nuestra historia para cerciorarnos qué tan cerca o qué tan lejos estamos de esa realidad, que nos parece a la vez tan ajena y cercana.

Como bien dice don Pablo González Casanova, vivimos un régimen de democracia formal que en la realidad funciona con elementos propios de regímenes autoritarios. Y si bien la aspiración a la democracia en México es tan antigua como nuestra independencia, muchos rasgos de nuestro régimen acusan claras características de la Colonia y aun de origen y corte precortesianos. A 500 años de la Conquista, los fantasmas de aquel cruento encuentro aun rondan los salones de Palacio, y parecen atar firmemente nuestro sistema político con sus cadenas, perpetuando costumbres y formas de gobierno que se resisten a cualquier cambio fuera de los esquemas establecidos.

Desde sus orígenes en Grecia, la democracia aparece como un pacto entre iguales. Esta forma de participación política estaba reservada a los griegos. Al margen de ella quedaban los esclavos y los metecos, o extranjeros residentes en Atenas. Los esclavos ni siquiera merecían el rango de seres humanos. Más aún, los griegos consideraban que el gobierno propio de los bárbaros forzosamente tenía que ser de carácter tiránico, o cuando mucho monárquico, única forma de contener los impulsos primitivos de pueblos ingobernables, acostumbrados por lo demás a gobiernos autocráticos, a los que sometían con fundamento en la ley del más fuerte.

Y si bien la primera forma democrática de gobierno posterior a los griegos se implanta en América a finales del siglo XVIII, como magistralmente nos los describe Tocqueville, el país que fuera cuna de la Revolución Francesa tardaría casi un siglo más en instrumentarla en términos similares. Todavía Luis Napoleón

se burlaba públicamente de tales utopías, y los escritos de Mosca y Pareto acusan un marcado desprecio por la democracia.

Los regímenes fascistas, comunistas y nacionalsocialistas se encargarían de barrer los escasos márgenes de democracia que se ensayaron en el continente europeo a principios de siglo, y ésta no se restauraría prácticamente sino hasta que hubo concluido la Segunda Guerra Mundial, verdadera madre de las democracias occidentales contemporáneas. Incluso la democracia norteamericana, modelo de exportación hoy en día, acusaba hasta antes de la guerra los típicos rasgos gangsteriles que Max Weber señala en su conocida conferencia sobre la profesión del político.

Si éste era el panorama mundial en la primera mitad del siglo xx, difícilmente podríamos haber exigido a nuestros liberales de la época de la Reforma la pureza republicana que se esforzaron en forjar. De hecho, si la democracia ha sido una bendición para otros pueblos, para los mexicanos parece haber sido un flagelo continuo y regalo del diablo. Por la democracia y la no reelección se levantó en armas uno de los generales nacionalistas que más contribuyeron a forjar el Estado mexicano: Porfirio Díaz. Pero como buen militar, sucumbió al embrujo del poder, que no le fue arrebatado sino hasta treinta años más tarde, cuando cabilaba sobre la capacidad del pueblo mexicano para acceder a la democracia. Y en realidad tenía sobrada razón para dudarlo, toda vez que los presos de la cárcel de Belén se encargaron durante tantas y repetidas veces de cruzar las boletas favorables a su reelección ininterrumpida.

Como señala el Dr. F. Katz en su obra magistral, quien le discutió verdaderamente el poder a don Porfirio no fue un revolucionario surgido de las bases populares, ni mucho menos de las clases medias como los Flores Magón, sino un miembro de una de las más ricas familias de hacendados del noreste del país: Francisco I. Madero. El hacendado coahuilense enarboló contra el dictador un recurso que hasta la fecha no ha dejado de ser sino una aspiración frustrada del pueblo mexicano, mantenida en reserva por los mismos revolucionarios que más tarde la izaron como bandera: sufragio efectivo.

Bajo Madero tuvimos ciertamente las únicas elecciones limpias y transparentes de nuestra historia, y su triunfo tuvo secuelas de encono y lucha fratricida de las que aún no nos reponemos hasta la fecha. La efímera democracia mexicana no sólo contó con el desprecio del Ejército, la jerarquía eclesiástica y la clase dominante ligada a la administración porfirista: los mismos constitucionalistas, cuya bandera fue la restauración de la ley y la democracia, se encargaron de enterrarla definitivamente.

En efecto, la frágil democracia maderista surge como producto de una escisión

entre la clase dominante del México de principios de siglo. Por una parte, la fracción ligada a la industria, las finanzas y el comercio, liderada por el grupo de ideología positivista llamado de los "científicos"; y por la otra, la fracción de los hacendados del noreste y noroeste del país, marginados del núcleo del poder central y, por lo tanto, de las grandes decisiones nacionales.

Al triunfo de la revolución maderista, las elecciones presidenciales fueron vistas con menosprecio e incluso fueron boicoteadas por el antiguo núcleo gobernante. Para el ejército federal, el nuevo gobierno surgido de las elecciones era un grupito de debiluchos que en su vida habían empuñado un fusil, y que ignoraban el rigor del ejercicio de las armas. Mientras el gobierno maderista se esforzaba por respetar la ley y mantener la libertad social, aun a costa de su propia imagen, los propios revolucionarios sufrían el desencanto de las esperanzas frustradas y aspiraciones reprimidas: la revolución no había operado enérgicamente y a fondo el cuerpo social, y la gangrena cundiría rápidamente bajo la apresurada sutura.

Fue así que las asonadas de Félix Díaz y Bernardo Reyes fueron ampliamente celebradas y estimuladas por los antiguos dueños del poder. Durante la Decena Trágica, distinguidas damas de la alta sociedad mexicana hacían llegar alimentos, regalos y vituallas a los sitiados de la Ciudadela. Victoriano Huerta no fue más que el sepulturero de la joven democracia, cuyas exequias fúnebres habían sido ya anticipadamente celebradas en la embajada norteamericana.

La antigua idea griega de que la democracia es propia de los pueblos cultos, pero que de nada sirve a los pueblos bárbaros sino para crear confusión y anarquía, acabó por imponerse entre nuestra burguesía criolla. Son múltiples y variadas las declaraciones de embajadores y ministros de las potencias europeas, no digamos de los norteamericanos, en este sentido. Así, el cónsul alemán Bünz hace suyo el juicio que, según él, le había transmitido un experto en asuntos mexicanos, antes de la caída de Porfirio Díaz y en plena época de la campaña maderista:

Al solo intento de aflojar el riguroso control de la policía o eliminar los saludables efectos de la mano de hierro de Don Porfirio, estallarían el caos. La masa del pueblo es tan obediente como los niños, siempre que se le mantenga divertida y dominada; pero, al mismo tiempo, es tan carente de razón, tan egoísta y de tan mal comportamiento como un niño sin educación. Si alguna vez hubo un pueblo que necesitara de una mano fuerte para mantenerlo en orden y educarlo por su propio bien, es el pueblo mexicano.¹

¹ Archivo del Ministerio del Exterior de Bonn, citado por F. Katz, *La guerra secreta en México*, vol. 1, México, Ediciones Era, 1988, p. 95.

Y ya con Madero como presidente, podemos constatar el siguiente juicio del embajador Hintze:

El error cardinal (de Madero) está en su creencia de que puede gobernar al pueblo mexicano como se gobernaría a una de las naciones germánicas más adelantadas. Este pueblo rudo, compuesto de semisalvajes sin religión, con su reducido estrato superior de mestizos escasamente civilizados, no puede vivir bajo otro régimen que no sea el de un despotismo ilustrado.²

Este severo juicio merecería la acotación al margen de “¡Exacto!”, del mismísimo puño y letra del Kaiser Guillermo II...

De hecho y desde tiempos de la Colonia, la población indígena fue mantenida al margen de los asuntos nacionales, como niños a quienes había que proteger y enmendar. A los mestizos no les iba mucho mejor, y sólo en casos excepcionales lograban filtrarse a los estratos reservados a la burguesía criolla. En general, a los súbditos les estaba prohibido juzgar los asuntos del gobierno, y su único derecho colonial era el de “callar y obedecer”. La antigua idea racista de procedencia hispánica, que ponía en tela de juicio la calidad racional de los indios para justificar su explotación inhumana, distinguía entre la “gente de razón” por oposición a los que la tenían en grado ínfimo: el pueblo vencido.

Fue así que, como me indicara un colega, las prácticas electorales acusan vicios desde la época de la Colonia. Lucas Alamán hace referencia a las primeras elecciones celebradas en nuestro suelo, en 1812, para elegir diputados ante las Cortes de Cádiz. Desde entonces se realizaron las primeras prácticas de acarreo, y la votación favoreció sobradamente a los candidatos oficiales, mediante extraños métodos que hasta la fecha todavía se ponen en práctica.

Al aflojarse los lazos con la Corona, efectivamente sobrevino el caos en la joven república independiente, y la idea de la mano dura fue la que tantas veces regresó el poder a Santa Ana y la que trajo a nuestras tierras a un príncipe ilustrado de la Casa de Habsburgo. Fue la misma idea del poder monolítico la que invistiera del carisma del Gran Tlatoani a Porfirio Díaz, y que reforzara por treinta años su poder ininterrumpido. Cuando sobreviene la revolución maderista, la democracia es considerada como un atentado contra el orden establecido. Como en el Leviathán de Hobbes, el desorden social no es atribuido al abuso del poder, sino a la *falta de rigor* en el ejercicio del mando.

En el asalto a la democracia, Bernardo Reyes, el seguro sucesor de don Porfirio, a quien en su oportunidad aquél no se había atrevido a discutir el poder, y frente

² *Ibid.*, p. 113.

a cuya estatura optó por una comisión en Europa, afortunadamente murió frente al Palacio donde esperaba ser proclamado salvador de la patria.

Su compañero de conjura, Félix Díaz, fue poca cosa para el taimado general de apellido Huerta, que más tenía de astuto que de borracho, y que finalmente lo mandó al Japón, con la misión especial de agradecer al emperador por la representación enviada a las fiestas del Centenario.

La arena política quedó así libre de obstáculos para el sepulturero de la democracia. Pero el gobierno del país cuyo embajador había encabezado la caída de Madero cambió de signo, y el nuevo presidente demócrata norteamericano tenía la misma urgencia que George Bush por implantar la democracia en el mundo. Victoriano Huerta no pudo resistir y se vio obligado a convocar a elecciones.

Ante la presión superior, las elecciones se llevaron a cabo en su aspecto formal. Pero en su funcionamiento real, comienzan a operar ya desde entonces los parámetros que en parte se mantuvieran ocultos por la figura de don Porfirio, pero que bajo Huerta se manifiestan de una manera descarnada y brutal, para perpetuarse hasta nuestros días. Por aquel entonces el embajador alemán Hintze informa a su gobierno lo siguiente:

Las elecciones tuvieron lugar... con un gran abstencionismo y fueron consideradas como un gran fraude... El gobierno mexicano, por supuesto, tampoco se preocupó por negar el fraude. Los senadores y diputados, en su inmensa mayoría, fueron nombrados o elegidos de acuerdo con las órdenes del gobierno o por medio de votos falsificados.³

Entre los papeles del embajador obra uno de los instructivos que Huerta hizo llegar al gobernador de Puebla para proceder a las elecciones, y que por cierto pararon también en manos de varios diplomáticos extranjeros:

En los lugares donde efectivamente se realicen elecciones, deben emplearse papeletas en blanco para obtener una mayoría absoluta en favor de las siguientes personas... Si al verificar las actas de los votos el jefe de la policía encuentra que el resultado de las elecciones no corresponde a las indicaciones aquí estipuladas, entonces debe proceder a introducir las modificaciones adecuadas antes del envío de las actas, para que actas y protocolo se ajusten rigurosamente a las indicaciones.⁴

³ Carta del embajador Hintze citada por F. Katz, *La guerra secreta en México*, vol. 1, México, Ediciones Era, 1988, p. 146.

⁴ *Ibid.*, pp. 146-147.

El movimiento que se organizó contra Huerta en nombre de la legalidad y la democracia, fue encabezado por otro hacendado del noreste, en cuya hacienda se proclamó el nuevo Plan Constitucionalista. Sus aspiraciones por el orden legal, su nacionalismo y su creencia en la democracia, pueden quedar fuera de toda duda. Sin embargo, su idea de la organización social no variaría mucho del orden establecido por el porfiriato. La visión política de Carranza necesariamente hubo de chocar con los movimientos de origen popular que habían surgido al amparo de la revolución maderista, como el villismo o como el que reclamaba la vuelta al antiguo orden comunal: el zapatismo.

El triunfo de los constitucionalistas contra Huerta no fue ni tan fácil ni tan rápido como contra don Porfirio (se mantuvo más de año y medio en el poder), a pesar de que el número de rebeldes y regiones comprometidas fue mucho más vasto. Ni siquiera la invasión norteamericana a Veracruz, destinada a debilitarlo, logró derrocarlo. La utilizó a su favor y atizó el nacionalismo mexicano para legitimar su gobierno. Cuando finalmente Huerta se embarca en el mismo vapor que se llevara a don Porfirio al exilio, deja tras de sí la estela de un país en ruinas, no sólo en lo material, sino un país en el que todo orden legal e institucional queda destruido, en el que la legitimidad del poder se sustenta en la fuerza de las armas y donde la guerra entre los vencedores terminaría por soterrar cualquier aspiración de orden democrático.

En efecto, la Convención de Aguascalientes, proyectada para restaurar el orden democrático y legal, vino a producir exactamente el efecto contrario. Carranza ni siquiera se presenta. Zapata sólo envía delegados. Villa incursiona con sus tropas so pretexto de avituallamiento. Los anarquistas siembran la confusión con ofensas al lábaro patrio. Finalmente, el presidente legalmente designado por la Convención, Eulalio Gutiérrez, no representaría sino una formalidad vacía de contenido. Nuevamente, la realidad y la forma divorciadas y unidas en maridaje disímulo. El país queda de hecho dividido bajo las esferas de influencia de los caudillos y desaparece cualquier vestigio de orden institucional, no digamos democrático.

La Constitución que los vencedores de los vencedores consiguieron redactar en 1917, refleja ciertamente el compromiso final de las distintas fuerzas en pugna. Pero el sufragio efectivo y la no reelección contemplados en ella fueron compromisos supeditados a la fuerza real de los caudillos. Al igual que Porfirio Díaz y Madero triunfantes, al primer jefe lo acompaña la aureola del triunfo y gana fácilmente la primera elección. Pero cuando Carranza intenta designar sucesor a su gusto —un civil incondicional suyo, pero desconocido para el resto del mundo—, dos generales lanzan sus propias candidaturas. Eliminado Carranza,

Obregón triunfa fácilmente. Cumple su periodo de cuatro años y deja el lugar a su coterráneo y compañero de armas, Plutarco Elías Calles, quien le ayudara a sofocar la rebelión delahuertista. Pero el sabor del poder hace volver a Obregón, y la Constitución es reformada para abrirle la posibilidad de un nuevo periodo presidencial. Sabe maniobrar magistralmente como militar en tiempos de guerra, y *La sombra del Caudillo* nos describe magníficamente la pugna entre Maquiavelo y Montesquieu, que hasta la fecha se libra en los laberintos del poder. Muerto Obregón, el general Calles, todavía presidente en funciones, se apresura a confirmar la no reelección, y a escasos meses de haber dejado el gobierno crea un organismo de apariencia democrática, mediante el cual intenta poner coto a los golpes de mano de caciques y caudillos armados.

Si en 1920 la Revolución degenera en gobierno, como dijera un cínico general, en 1929 la Revolución degenera en partido. Nace el Partido Nacional Revolucionario en marzo de ese año como un organismo político creado por los generales y para los generales, con el fin de repartirse pacíficamente el poder y evitar el derramamiento de sangre. El corte corporativista que lo caracteriza hasta la fecha tiene el propósito de aglutinar a la sociedad civil dentro de los cánones revolucionarios y, como en época de don Porfirio, evitar que “se alborote la caballada”. Al nuevo organismo se incorporan toda la diversidad de partidos surgidos de la revolución, y fuera de él ningún aspirante tendría la menor oportunidad de acceder al poder, como bien lo comprobó el civil Vasconcelos en las elecciones celebradas a finales de ese mismo año.

Y lo comprobarían más tarde también los generales Almazán y Henríquez, a pesar de contar con los formidables apoyos que tuvieron tras de sí. Incluso se dice que el primero ganó efectivamente las elecciones. Todo dentro del Partido, nada fuera de él.

Los generales se turnaron así, por décadas, pacíficamente el poder y, salvo conflictos armados aislados, la Revolución se bajó del caballo. En la posguerra entregarían el mando al hijo de un general, “el cachorro de la Revolución”, y desde entonces los cachorrillos se han repartido el poder heredado de sus padres o abuelos, sin que se atisbe la fecha en que lo habrán usufructuado lo suficiente. Como dijera cínicamente Fidel Velázquez, antiguo soldado carrancista: “Nosotros, los revolucionarios, llegamos aquí a balazos... el que quiera quitarnos, no podrá hacerlo con votos, tendrá que hacerlo a balazos también.”

Lo anterior nos explica que la democracia en México se haya parecido mucho a una farsa, para quienes no quieren ver su contenido real. Si se contempla nuestro sistema político desde la óptica de Maquiavelo, es ya una ganancia que los generales hayan cedido su poder al cuerpo civil, aunque se tratara de sus hijos o

nietos, que por cierto educaron en la Universidad. Fue un gran avance que les entregaran libros en vez de armas y caballos. Pero el partido que les heredan tiene más el perfil de los modelos castrenses que el de una organización civil.

En efecto, nada hay más ajeno al estamento militar que la democracia: en el ejército se obedecen las órdenes y después se pregunta si se tiene alguna duda, aunque las órdenes parezcan absurdas y quienes las dicten carezcan de la mayor estatura intelectual o moral. De ahí la obediencia ciega al superior inmediato.

La disciplina es de guardarse ante todo: nadie se mueva sin una orden (el viejo Fidel diría: "el que se mueve no sale en la foto"). Por tanto, aguardar pacientemente el beneplácito del superior.

Las promociones las dictan los superiores, a ellos les toca evaluar los méritos en campaña. Las estrellas y el mando supremo lo otorgan los generales. El tapado, por tanto, representa la voluntad superior. Hay que acatar y esperar el relevo.

Todo mundo puede ser general, desde el soldado raso hasta el cadete del Colegio Militar. Sólo se requiere disciplina, lealtad, paciencia y méritos en campaña. Esto significa permeabilidad y movilidad social, reconocimientos y promociones, todo el poder y la gloria, pero a través de las instancias internas y dentro de los cánones establecidos.

Quienes aspiran al poder no son opositores, son enemigos. Por tanto, combatirlos con rigor, porque necesariamente son enemigos de la patria, pertenecen a la reacción o a la subversión. Llegado al extremo, y si la arriesgan, quitarles la vida. En las memorias del Alazán Tostado, que como gran cacique gobernara el Estado de San Luis Potosí, leemos cómo se ufana de haberse apostado frente a la casilla electoral para ametrallar a los representantes panistas.

Si evaluamos el sistema político mexicano desde la óptica de Montesquieu, efectivamente no tenemos ángulo justo desde dónde evaluarlo. Acabamos metidos en un sistema kafkiano donde el laberinto del poder nos ahoga y asfixia. Las elecciones *son* efectivamente una farsa. Fue un mérito de la oposición participar en los procesos electorales a sabiendas de que no alcanzarían al poder. De hecho, hasta los años sesenta el Partido Acción Nacional participó en las elecciones no para ganar el poder, sino para educar al pueblo en la vida civil. La izquierda participó para crear conciencia social, a sabiendas de que no ganaría la elección. El gobierno creó opositores ficticios para completar el escenario electoral, tanto para dar empleo y evitarse las molestias de exrevolucionarios pedigüños (PARM), como para restarle votos y confundir a los simpatizantes de la izquierda (Talamantes y recientemente el Partido de los Trabajadores). Conocida actriz que participara en las elecciones recientes como candidata del PFCRN, dijo haber vivido la

sensación de estar en el teatro más grande del mundo. Y los actores ciertamente conocen el medio.

II

Para las clases medias y populares, el Estado promotor del bienestar social se convierte de pronto en obstáculo para el desarrollo. Las generaciones de millonarios sexenales contrastan con la frustración de las clases medias y con la miseria de los campesinos. Y sobreviene la fractura de la Revolución hacia los años sesenta: Jaramillo, Madera, Lucio Cabañas, el 68. El Estado revolucionario era ya incapaz de promover la movilidad social ni siquiera entre sus propias filas. En la década de los setenta hubo que crear fideicomisos, paraestatales y universidades a mansalva para dar trabajo no sólo a los nietos de la Revolución, sino a las clases medias que golpeaban a las puertas del Palacio Nacional en demanda de empleos e igualdad de oportunidades.

Y el Estado repartió empleos, multiplicó sus dependencias y creó servicios. Pero como no había dinero en las arcas, se pidió prestado. Y sobrevino la inflación, el despilfarro y la corrupción, y finalmente una coyuntura que salvó circunstancialmente el petróleo. Hubo más corrupción, más despilfarro, más endeudamiento y más inflación, y finalmente la debacle que llevó a la ruptura entre el gobierno de la revolución y una fracción de la burguesía que había crecido a su sombra, hasta estar en condiciones de disputar el poder al Estado: el capital industrial-financiero.

A la presión política derivada de las tensiones sociales hubo que dar una salida que no podía proporcionar ya el aparato económico, y ésta fue la opción electoral. Don Jesús Reyes Heróles, artífice de la reforma política, se adelantó a decir que si no se abrían las puertas de Palacio Nacional a la oposición, ésta las derribaría a patadas. Fue así como la contienda electoral se abrió a otros partidos además del PAN y los partidos paraestatales.

El control prevaleció a través de múltiples candados legislativos y negociaciones tras bambalinas. Pero el hambre y el malestar acumulados durante un sexenio se manifestó en las urnas en 1988. El 6 de julio no sólo votó la oposición contra el PRI, sino los propios miembros del Partido que no se atrevieron a salir junto con sus compañeros de la Corriente Democrática. La ruptura interna del Partido significó el fin de una época, pero también el fin de un estilo de gobierno que sucumbió al poder económico del pequeño monstruo que cobijara bajo sus alas: el capital industrial-financiero, que acabó por imprimir su sello al nuevo gobierno bajo el chantaje de la salida de capitales.

III

Si el 6 de julio mostró ampliamente el rechazo de la población al sistema, ¿cómo es posible que las recientes elecciones para la renovación de cámaras y gubernaturas haya arrojado las cifras de 61.4, 17.7 y 17.7 por ciento para los partidos oficial, Acción Nacional y PRD respectivamente, admitidas todas las truculencias empleadas en el 88?

Ciertamente hay elementos para pensar que en vez de hacer caer nuevamente el sistema, se le programó adecuadamente para arrojar cifras cercanas a las encuestas oficiales. Existe sin duda el impacto de PRONASOL entre las clases populares, o las cifras mágicas de ínfimos índices inflacionarios y galopante Producto Nacional Bruto publicados a escasos días de las elecciones. Se orquestó una campaña de difamación política contra la izquierda, haciéndola aparecer como instrumento de la violencia, y los petardos de circo que acompañaron a los cierres de campaña, colocados en empresas trasnacionales, quizá tenga que ver con algún dinosaurio resentido que se resiste a abandonar la prehistoria. A todo ello se agregó la coyuntura internacional que se inició con la caída del muro de Berlín y el derrumbe de los partidos estalinistas. Pero existe también la inocencia política de la oposición, por decir lo menos, y la división de la izquierda mexicana, reacia a abandonar su sectarismo de parroquia.

Veamos. Poco después de la muerte de Clouthier se concertó un acuerdo para reformar por enésima vez la Constitución y hacer posible el actual COFIPE. Esta reforma hubiera sido imposible sin la aprobación de la bancada del PAN, partido que por esta causa sufrió severas fracturas internas. A la maniobra se prestaron gustosamente los partidos paraestatales, y el único en controvertir la reforma fue el PRD, quien además de estimar sus peligros, advirtió que se dejaría escapar la ocasión para elaborar una ley que garantizara la autenticidad de los procesos electorales. El PAN desoyó la advertencia y, cediendo a los cantos de sirena de la Presidencia, cayó en el garlito. No puede ahora quejarse por haber salido perjudicado en un proceso viciado de origen que se prestó a avalar con su voto.

Por lo que toca al PRD, su auténtica fuerza le viene de los antiguos priístas que formaron la CODE y del liderazgo que todavía ejerce el hijo del general Cárdenas. Sin embargo, los miembros del antiguo PMS, que para no perder su registro electoral le prestaron el partido a Cuauhtémoc, se han dedicado a recuperar posiciones y a arrinconar a sus antiguos aliados, situándolos en puestos de dirigencia secundarios. Esta miopía se manifestó en el momento en que se eligió candidato para la senaduría del Distrito Federal; en elección pública, en la que además podían participar personas ajenas al partido (incluidas las huestes de

Talamantes), resultó vencedor Heberto Castillo. Quedó así fuera de la jugada un hombre de antigua militancia política y valor moral excepcional —Rodolfo González Guevara—, que seguramente habría ganado la senaduría con los mismos votos que en su oportunidad hicieron valer a Porfirio Muñoz Ledo: los de sus simpatizantes del partido oficial. Por Heberto, con todo el respeto que merece como luchador político, sólo votaron sus amigos.

Queda pues, como resultado de las elecciones, pendiente la democracia y libre el camino para el Tratado de Libre Comercio. Con un doble riesgo, el presidente se quedará solo con su partido y no podrá ya escudarse en la oposición para resistir a las presiones procedentes del norte. Quizá hasta que los problemas se agraven y la administración en turno descubra que no puede gobernar sin el consenso común del pueblo mexicano, y el presidente de la República se decida como M. Gorbachov a renunciar a su partido, se abrirá el camino a la democracia. Y entonces, y sólo entonces, desaparecerá el instrumento electoral oficial de la Revolución, que todavía permanece como única reliquia histórica de tiempos idos, ahora que su homólogo de la Unión Soviética empieza a desmoronarse.

Epílogo

En ocasión del movimiento estudiantil protagonizado por el CEU en 1988, acudí a la Plaza de la Constitución para presenciar la manifestación que tendría lugar en ese recinto.

Los estudiantes manifestaban en ambiente de fiesta. Mujeres policía cuidaban de la organización. Los muchachos reían, cantaban y coreaban consignas jocosas. Ningún incidente empañaba el evento.

De pronto, un joven se desprendió de la marcha. Corrió hacia mí y me besó en la mejilla. Era mi hijo mayor, entonces estudiante del Colegio de Ciencias y Humanidades.

Me alegré, desde luego, pero tras de mi emoción, mi pensamiento voló inevitablemente veinte años atrás, cuando jóvenes de su edad, por idéntica causa, recibieron golpes, castigo, amenazas, la muerte.

Supé entonces que es largo y sinuoso el camino de las conquistas sociales. Que retar al poder tiene su costo, pero que no es imposible domarlo. Que es necesario que el mundo caduco de una generación perezca, para que el que le sigue sobreviva y florezca.

Al sentir el retroceso electoral del 91, y extinguida la efímera luz de esperanza del 6 de julio del 88, quiero soñar que aproximadamente en veinte años, algún día

del Tercer Milenio, la Revolución habrá de festejar a su turno, sus propias Fiestas del Centenario, a las que tal vez asista Madero.

Y entonces, cuando el recuerdo de la Revolución nos parezca ya vago y distante, y las prácticas electorales del presente nos provoquen a risa, mi generación pueda, tal vez, ejercer el sufragio efectivo y recibir de sus nietos el beso de la democracia, frente a una urna vacía...